

Bibliografía

UN ENSAYO SUGERENTE QUE PROVOCA POLEMICA

Albert O. Hirschman, *Salida, voz y lealtad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, 192 páginas.

Albert O. Hirschman realizó significativos aportes a la ciencia económica, particularmente en el campo de la teoría del comercio internacional y del desarrollo económico. En la primera área destacó la posibilidad de explotación de un país por otro en la medida en que existía dependencia entre ellos, dada fundamentalmente por ventajas monopsonísticas del adquirente de las exportaciones.¹ Como destacó Kindleberger, de esta manera se estableció una relación entre el comercio exterior y la política internacional.² Posteriormente puso de manifiesto la posibilidad de un efecto deflacionario de una devaluación cambiaria.³

En el campo de la teoría del desarrollo económico cabe

1. *National Power and the Structure of Foreign Trade*, Berkeley, 1945.

2. Charles P. Kindleberger, *Foreign Trade and the National Economy*, Yale University Press, 1963, p. 145.

3. "Devaluation and the trade balance. A note", en *Review of Economics and Statistics*, vol. 31, 1949, pp. 50-53.

mencionar su libro *La estrategia del desarrollo económico* (1958),⁴ en el cual puso énfasis en la secuencia del proceso de expansión y no en las condiciones de equilibrio general. El aspecto más discutido de dicho volumen ha sido el de sus argumentos a favor del crecimiento desequilibrado, ya que a través de desequilibrios, estrangulamientos y obstáculos al desarrollo económico se llegaría a inducir a los empresarios (cuyo número reducido es una de las limitaciones fundamentales del desarrollo) a emprender nuevas inversiones con el propósito de eliminar escaseces existentes. Por otra parte, examinó las vinculaciones hacia adelante y hacia atrás que surgen en las estructuras productivas que tienen gran importancia en la planificación del desarrollo. También escribió un volumen sobre evaluación de proyectos de inversión (*El comportamiento de proyectos de desarrollo* [1967], en versión española de Siglo XXI Editores, México, 1969).

Finalmente es digno de mención su casi constante interés en los problemas latinoamericanos, plasmado en varios trabajos: la compilación de *Controversias sobre América Latina* (1961, versión española del Instituto Torcuato Di Tella, 1963), un libro sobre diversos problemas de América Latina, entre ellos el de la reforma agraria, con el título *Estudios sobre política económica de América Latina —en ruta hacia*

4. Hay versión española, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1961.

el progreso (Aguilar, Madrid, 1964), otro intitulado *Desarrollo y América Latina; obstinación por la esperanza* (FCE, 1973) y un ensayo sobre la manera de reducir las inversiones extranjeras (*How to divest in Latin America and why*, Princeton, 1959).

Por todos estos antecedentes la aparición de un nuevo libro de Hirschman ha de despertar entre gran número de economistas un interés genuino. Tal vez para muchos este interés será aún mayor al enterarse de que se trata de un ensayo multidisciplinario que se ocupa no sólo de cuestiones económicas sino políticas. En efecto, con frecuencia, pero particularmente cuando se trata de la aplicación práctica de la teoría como, sobre todo, en lo que se relaciona con la política económica, se llega a un punto en que se siente que la ciencia económica no basta y que la división entre las distintas ciencias sociales es un obstáculo para la comprensión de una serie de fenómenos.

Las reflexiones de Hirschman en su nuevo libro se dirigen a examinar el deterioro que se produce en organizaciones económicas y políticas. Como lo señala textualmente el autor: "Por bien que se diseñen las instituciones básicas de una sociedad ocurrirán necesariamente fallas de algunos actores por cuanto al comportamiento que de ellos se espera, aunque sólo sea por toda clase de razones accidentales. . . La sociedad debe reunir en su interior fuerzas que hagan volver al mayor número posible de actores de mal comportamiento a la conducta requerida para el buen funcionamiento de la sociedad. En este libro se intenta inicialmente un examen de estas fuerzas tal como operan en la economía; sin embargo, veremos que los conceptos desarrollados son aplicables no sólo a agentes económicos como las empresas, sino también a una gran diversidad de organismos y situaciones no económicos" (p. 11). Se trata en verdad de un tema interesante éste de las "fallas reparables" de organismos. En realidad, hubiera sido conveniente desde el comienzo aclarar más acerca de la posibilidad de que las fallas sean, en principio, reparables tanto desde el punto de vista positivo, lo que en parte se examina en el libro, y tal vez, más aún desde la óptica normativa, es decir, establecer cuándo sería conveniente salvar un organismo y cuándo no. Esto, por supuesto, habría exigido un planteamiento claro de los valores sociopolíticos que orientan al autor, los que éste tal vez prefirió no exponer demasiado explícitamente.

De todas maneras, lo que se propone Hirschmann es ocuparse de la posibilidad de recuperación y para ello distingue dos maneras cuyo examen conforma prácticamente la totalidad del libro. Así, en el caso de una empresa cuyos productos han sufrido un deterioro de calidad, las dos rutas se plantean de la siguiente manera:

"1) Algunos clientes dejan de comprar los productos de la empresa o algunos miembros abandonan el organismo: ésta es la opción de la *salida*. En consecuencia, los ingresos bajan, el número de miembros [clientes] disminuye, y la administración se ve obligada a buscar maneras de corregir las fallas que hayan llevado a esta salida.

2) "Los clientes de la empresa o los miembros del organismo expresan su insatisfacción directamente a la admi-

nistración o a alguna otra autoridad a la que la administración esté subordinada, o mediante una protesta general dirigida a quienquiera que desee escucharla: ésta es la *opción de la voz*. En consecuencia, la administración inicia también una búsqueda de las causas y posibles remedios de la insatisfacción de clientes y miembros" (p. 14).

Sostiene luego que "la razón de que los humanos no hayan desarrollado un proceso social finamente construido que asegure la continuidad y la calidad uniforme del liderazgo es probablemente porque no se vieron obligados a hacerlo. La mayoría de las sociedades humanas se caracteriza por la existencia de un excedente por encima del nivel de subsistencia. La contrapartida de este excedente es la capacidad de la sociedad para incurrir en considerable deterioro" (p. 15). Aquí se encuentra una afirmación realmente sorprendente. Para empezar no se aclara cuál es el significado concreto del excedente por encima del nivel de subsistencia. No puede negarse que, de existir una aceptable distribución del ingreso, la mayoría de los países contaría con tal excedente; en efecto, se han podido observar en los últimos decenios algunos países muy pobres que han salido del estancamiento que los caracterizaba y han iniciado un proceso de desarrollo. Sin embargo, al no cumplirse el supuesto acerca de la distribución, en la mayoría de los países en desarrollo, el excedente que se genera tiene su contraparte, más que en ese deterioro tan general y tan poco definido, en una pobreza entre vastos sectores de la población que frecuentemente, en contra de lo que afirma Hirschman, viven por debajo de un nivel de subsistencia aceptable, como puede comprobarse fácilmente observando los índices sociales (esperanza de vida al nacer, tasa de mortalidad infantil —muertes por mil habitantes de 1 a 4 años—, habitantes por médico, camas de hospital por 1 000 habitantes, consumo diario de calorías y proteínas por habitante, tasa de analfabetismo, etc.).⁵ Esto, por supuesto, no implica negar que puede existir un margen por debajo del máximo, pero, al no aclarar los otros factores, tal como la desigualdad entre los grupos económicos (a lo que se agrega el consumo suntuario de la clase privilegiada), representa una simplificación inaceptable de la realidad.

Volviendo casi de inmediato a un análisis más detenido de los dos procesos mencionados se tropieza con otra tesis que parece algo extraña: "Al examinar el carácter y la intensidad de estas fuerzas endógenas de recuperación nuestra investigación se bifurca. . . Su rompimiento en dos categorías distintas, aunque no mutuamente excluyentes, la salida y la voz, sería sospechosamente nítido si no se reflejase fielmente un cisma más fundamental: el que existe entre la economía y la política. La salida pertenece al primer campo, la voz al segundo" (p. 23). Parecería que la explicación de la dicotomía basada esencialmente en las distintas disciplinas a que pertenecieron, representa una excesiva simplificación de la realidad; considerar sólo el sistema de precios como canal de comunicación es precisamente una de las deficiencias del enfoque tradicional en la materia (teoría neoclásica o teoría del equilibrio general), ya que la estructura de la información

5. Véase, por ejemplo, CEPAL, *El desarrollo latinoamericano y la coyuntura económica internacional*, 2a. Evaluación Regional de la Estrategia Internacional de Desarrollo, 3a. Parte, Indicadores del Desarrollo Económico y Social en América Latina (E/CEPAL/AC.692, Add. 3-12-11-1975).

de todo sistema económico, como lo ha subrayado Kornai,⁶ es sumamente intrincado y complejo y no es suficiente examinar un solo sistema de señales, el de los precios. Como mero ejemplo de la diversidad de flujos de información existentes puede mencionarse la propaganda comercial, la investigación de mercados, las informaciones estadísticas y los pronósticos oficiales y privados que evidentemente pertenecen a la actividad económica. Cabe señalar todavía que Hirschman da varios ejemplos prácticos de deterioro de bienes (automóviles de distinta marca) para ilustrar la opción de salida en la que la baja calidad deriva de una falla al azar de la eficiencia y no de un intento deliberado de la empresa por reducir costos (pp. 29-30). Sin embargo, no aclara el autor si tales ejemplos extraídos de las investigaciones de Ralph Nader corresponden efectivamente a la situación descrita u obedecen a una política consciente de las empresas para aumentar sus ganancias mediante una reducción de costos.

Después de haber ilustrado el método algo esquemático y simplificado del autor en algunas instancias, es justo dejar constancia de que su análisis es sumamente atrayente y que es capaz de provocar el surgimiento de nuevas ideas, ya que se trata de un enfoque original que puede ser útil tanto a la economía como a la política. En este sentido cabe mencionar en especial las distintas combinaciones que pueden presentarse entre salida y voz, especialmente en el capítulo IV. En él se señala la importancia de la calidad, cuyo papel ha sido insuficientemente explorado; así, la rápida salida de los clientes muy preocupados por la calidad —una situación que paraliza la voz al privarla de sus agentes principales— se liga a la existencia de sustitutos de mejor calidad a precios mayores (por ejemplo, los “bienes de concedores” y la vivienda).

En el capítulo V (“Cómo puede ser reforzado el monopolio por la competencia”) destaca el autor que “una forma importante de la influencia que se ejerce sobre un organismo” es la amenaza de pasarse al organismo rival, pero que no puede formularse cuando no hay rival (p. 59). Finalmente llega a la conclusión —bastante discutible, en opinión del comentarista—, de que la comparación entre Japón y América Latina provee otro ejemplo de la influencia destructiva que la salida puede tener sobre los procesos vigorosos y constructivos que en el terreno político derivan de la voz. Así, Japón obtiene una ventaja por ser un cuerpo político sin salida (debido a su aislamiento), mientras que la oportunidad de salida siempre presente que caracteriza a las sociedades latinoamericanas contribuyó quizá tanto a la creación de facciones y al personalismo típico de su política como el carácter nacional español [?], el culto al machismo y otras razones similares que pueden esgrimirse (pp. 64-65).

Otro tema tratado con lucidez es el de la difícil continuación óptima de la salida y la voz (capítulo IX). Al respecto clasifica Hirschman los organismos y entidades según la reacción característica de sus miembros. Tenemos en primer lugar las asociaciones voluntarias, los partidos políticos competitivos y algunas empresas, las que venden a pocos compradores, cuyos miembros reaccionan tanto por la vía de la voz,

como por la de salida; por su parte, familia, tribu, nación, iglesias, partidos de sistemas unipartidistas no totalitarios, generalmente optan por la voz. En las empresas competitivas, por otro lado, sus clientes reaccionan de manera predominante en favor de la salida (dejan de comprar). Finalmente, los partidos de sistemas unipartidistas totalitarios, los grupos terroristas y las bandas criminales tienden a no tolerar ni la salida, ni la voz.

En suma, se trata de un libro sugerente y que es capaz de suscitar discusiones con respecto a varios puntos de vista sostenidos en él. *Federico Julio Herschel*.

MUCHO ESTUDIO Y MUCHA CONTRADICCION

Romana Falcón, *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*, El Colegio de México, México, 1977, 180 páginas.

La autora nos presenta las luchas agrarias en el estado de Veracruz como resultado de fuerzas políticas campesinas que llegan, en su juego, a revestir un vigoroso carácter autónomo en relación con el gobierno del centro.

Incluso llegan a convertirse en fuerzas paramilitares, valiosas aliadas del Gobierno de la Federación, en los casos de levantamientos armados, como el de De la Huerta en 1923, el de los generales Serrano y Gómez en 1927, el de los generales Escobar y sus socios en 1929, así como en la rebelión cristera. En realidad son fuerzas de autodefensa, como las de Emiliano Zapata en el estado de Morelos, que se denominaron Ejército Libertador del Sur.

Los años a que se refiere este libro están jalonados por notables hechos, como los siguientes: 1928 es el último año del período presidencial de Plutarco Elías Calles, que coincide con las asonadas escobarista y cristera, que fracasarán. Luego, en 1929, ambas prosiguen y el arreglo de la cuestión religiosa se efectuará en el período del presidente Portes Gil, en 1930. Más aún: cuando la autora considera que el movimiento agrario de Veracruz llega a su cenit, se forma el Partido Nacional Revolucionario. Es también el segundo año de un nuevo período del gobernador Adalberto Tejeda, que ya lo había sido en aquel estado años atrás.

Asimismo, antes de 1928, el coronel Tejeda ya había figurado como Secretario de Estado en el gabinete del presidente Calles, por dos veces. Hasta 1936, segundo año de la administración del presidente Cárdenas, se extiende la hegemonía del general Calles y su grupo: “el Maximato”.

Conviene establecer algunas coordenadas para situar este trabajo, que denota preocupación ahincada de la investigadora por el tema y amplio despliegue de estudio. Es alentador que se cultive este tipo de monografía histórica, de intrincada implicación política. Trabajos como éste son parte de un vasto estudio que en el futuro permitirá conocer en conjunto el proceso que se denomina Revolución mexicana.

Tendremos que analizar hechos o afirmaciones que ratifiquen o niegan las tesis de la autora. En primer término, no se demuestra que los campesinos armados de aquel tiempo hayan sido denominados “guerrilleros” o “camisas rojas” en

6. Cf. Janos Kornai, *Anti-equilibrium. On economic systems theory and the tasks of research*, North-Holland Publishing Co., 1971, pp. 28 y 58.

el estado de Veracruz. Esas arbitrarias denominaciones producen desconcierto, pues no corresponden a la naturaleza de las luchas agrarias veracruzanas.

Las guerrillas son formaciones paramilitares de civiles (campesinos generalmente), que luchan contra el ejército de línea. En lenguaje castrense suele emplearse el mismo término para denotar tácticas de combate por medio de grupos pequeños; pero tampoco es éste el caso. Las llamadas "guerrillas" de Lindoro (sin acento en la i, como lo conocemos los veracruzanos) Hernández, combatían y se enfrentaban a las "guardias blancas" (este sí, nombre correcto) armadas por los terratenientes, pero no al ejército federal. Este era el árbitro entre agraristas y "guardias blancas", con frecuentes complacencias para los hacendados.

Por lo contrario, como ya se vio en los casos de las rebeliones delahuertista, la de Serrano y Gómez, la de Escobar y socios y la cristera, fueron fuerzas aliadas a la Federación contra los infidentes. Esto también sucedió en otras partes de la república, no sólo en Veracruz. El Gobierno federal les suministró las armas, que conservaron por muchos años. Armados así, estos campesinos hacían lo más natural del mundo: tomar la tierra, sin esperar trámites y papeles.

Rosendo Gómez Lorenzo, conocido periodista y veterano de las luchas veracruzanas, nos refirió que, aun en momentos muy difíciles, era consigna de los agraristas no enfrentarse con el ejército, porque el enemigo era el terrateniente y sus "guardias blancas".

El apelativo de "guerrillero" es muy inmediato a nuestros días y, por tanto, aparte de no verdadero, resulta anacrónico.

Tampoco conviene adjetivarlos como "camisas rojas", al estilo de los del gobernador tabasqueño Garrido Canabal, porque este término no se usó en Veracruz. Estos supuestos guerrilleros con camisas rojas se denunciarían ante la mira de las armas de los "guardias blancas", siempre en su busca, porque el terror blanco desatado por los terratenientes era parejo, no sólo contra los líderes, como lo afirma la autora.

Pero hay una cuestión de fondo en este asunto de los "camisas rojas" tabasqueños: ellos eran antirreligiosos, decían combatir el fanatismo. No así los agraristas, como se llamaron siempre los de Veracruz y que se encuadraban en las "defensas sociales" de los pueblos. Cuando los "camisas rojas" llegan a México con Garrido Canabal, como Secretario de Agricultura en el gabinete del presidente Cárdenas —sin haber pasado nunca por Veracruz—, se perfilan como típicos elementos de provocación callista, al atacar teatral y trágicamente a los católicos.

Quede, pues, bien claro que son nada menos y nada más que agraristas, con la imagen de la Virgen de Guadalupe frecuentemente ostensible en las copas de sus sombreros, reivindicadores de tierras (sujetos a trámites y largas esperas) que las autoridades agrarias deben dotar o devolver. De otro modo quedaría la idea de que una revolución triunfante, eminentemente popular, arroja al monte, como guerrilleros, a los propios campesinos que la hicieron.

Igual que en el estado zapatista de Morelos, se trató de organizaciones de autodefensa. En el caso de Veracruz, ya hemos visto que fueron armadas expresamente por el Estado y esto por las consabidas once razones: la primera, que la Revolución no anuló, desde el principio, al primero de sus clásicos enemigos: el terrateniente. Esto lo reconoce la misma autora, al afirmar que entre los azares y avatares de la reforma agraria en Veracruz, permanecía inmovible la gran propiedad latifundista.

Otra coordinada importante fue la idiosincrasia y situación política del gobernador del estado de Veracruz, por aquel entonces: el "coronel" Tejeda, como le llamaban familiarmente sus paisanos. Fueron claras sus simpatías por campesinos y trabajadores. Bien conocido de Calles, debió llegar al puesto sin su oposición. Las contradicciones que haya tenido con el Jefe Máximo no le impidieron terminar su período normal de gobierno, ni inclinarse por el desarme de los campesinos, ni oponerse a la ilegalidad en que se colocó al Partido Comunista por el gobierno del centro y aún del mismo estado de que se trata. Las medidas progresistas que dictó, sus ideas laborales, nunca pusieron en peligro el *statu quo* conveniente a los intereses de clase predominantes. Seguramente nunca se le consideró, por la Federación, como gobernador rebelde o "guerrillero".

Además, la lógica de los hechos muestra que la Liga Nacional Campesina de Ursulo Galván actuó en 1929, y después, dentro de los marcos políticos del recientemente fundado Partido Nacional Revolucionario, bajo la fuerte hegemonía de Plutarco Elías Calles. Dentro de esa situación no debe extrañar que los agraristas tuvieran ascendiente y poder local, porque eso estaba dentro de las reglas del juego, o que se les haya tolerado ciertas ideas de planeación de mero valor indicativo. Las llamadas expropiaciones sólo fueron ocupaciones de hecho, que no afectaron a la verdadera grande industria del estado de Veracruz ni a las entidades de régimen federal, como las vías férreas y otras de comunicación. Provenían en ocasiones de meros conflictos de trabajo.

Las agencias extranjeras de noticias o los enviados diplomáticos, por su lado, frecuentemente mandaban informes hijos de sus prejuicios políticos, que los inclinaban a ver, en una huelga importante, la toma del poder por los comunistas, obedientes a las consignas de Moscú.

No cabe duda que por aquellos años el Partido Comunista Mexicano tuvo notoria influencia en el movimiento campesino de Veracruz, la que perdió después de haber sido puesto en la ilegalidad, y de provocarse fuerte escisión en las filas campesinas. Se le acusa de sectarismo o se le disculpa presentándolo como perjudicado, como resultado de las presiones hechas a la Federación por el Gobierno de Washington. Por supuesto, siempre el fantasma del comunismo ha servido para satanizar y reprimir luchas de campesinos u obreros que proponen reivindicaciones apoyadas en leyes laborales o agrarias.

Viene a cuento la afirmación que hace la investigadora, en el sentido de que los delegados en México de la Internacional Comunista pasaron por sobre la dirección del Partido Comunista (Diego Rivera y Rafael Carrillo, entre otros) para

precipitar así el levantamiento campesino contra el Gobierno federal, que aún no dominaba del todo la rebelión del general Escobar y socios. Tales delegados creyeron, según fuentes de la autora, que la crisis de 1929 marcaba el fin del capitalismo.

En efecto, cita entre otras fuentes a Shulgovski (*México en la encrucijada de su historia*, p. 67), quien afirma que la Internacional, al analizar los acontecimientos de México en los años de 1928 y 1929, concluyó que el general Calles había pasado a ser un colaborador abierto del imperialismo norteamericano, y que el capital de Estados Unidos penetraba cada vez más, desplazando a su contrincante inglés. Cita asimismo a H. Fowler (*The Agrarian Revolution in the State of Veracruz: 1920-1940*, una tesis doctoral presentada en 1970, aún inédita). No dice la investigadora en qué se basó Fowler, a su vez, para confirmar la acción de los delegados aludidos. Si las palabras de Shulgovski no apoyan lo dicho, tampoco lo hace el silencio de Fowler.

Hemos consultado al profesor Rafael Carrillo, protagonista de los hechos, directamente mencionado en esta obra. Nos afirmó que la resolución de levantarse en armas contra el gobierno del centro fue tomada por los dirigentes mexicanos; que fue objeto de discusiones y controversias en el seno del Partido desde mucho antes; que eso dio lugar a la división de los dirigentes y provocó la renuncia de varios de ellos, entre los cuales se encontró él mismo.

El doctor Jesús Silva Herzog, por su parte, afirma en sus memorias (*De lo dicho y de lo escrito: 1928-1930*, México, 1977), que antes de su designación como embajador en Moscú, en el invierno de 1928, era miembro consultor de la Liga Nacional Campesina, donde oyó afirmar a José Guadalupe Rodríguez, dirigente del Partido Comunista, que México ya estaba maduro para hacer la revolución comunista (p. 35) y que él contradijo esa tesis.

Las palabras de Rodríguez nos hacen ver que aun antes de la famosa crisis de 1929 (se inició el "martes negro": 29 de octubre) ya existía tal tesis en el seno del Partido. Pero aun suponiendo que haya sido inspirada por consignas del Comintern, eso no autoriza la afirmación de que los representantes de éste hayan tratado de imitar a monseñor Filippi, delegado pontificio quien, desde la cima del cerro del Cubilete, hizo un llamado a las masas para que se rebelaran.

Tampoco los autores que cita la investigadora apoyan su dicho de que el fusilamiento del campesino Rodríguez provocó el rompimiento de relaciones diplomáticas entre México y la URSS, iniciado unilateralmente por nuestro país en enero de 1930 (testimonio del propio Silva Herzog en su libro aludido), meses después de aquel hecho. Tampoco lo autorizan los autores invocados en las pp. 52 y 53: Bremauntz (en su libro: *Material histórico...*); González Navarro en el suyo sobre la Confederación Nacional Campesina; tampoco Martínez Verdugo, en su obra sobre el Partido Comunista Mexicano. Eso nos basta por sobre lo que el señor Fowler pudiera decir en su tesis inédita, que no ha merecido, como muchas otras en Estados Unidos, los honores de la publicación, porque seguramente no tiene, como lo hemos palpado en otros casos, la debida consistencia para convertirse en publicación de línea editorial.

Por otra parte, aseverar infundadamente que las luchas agrarias o políticas en Veracruz, por aquel tiempo, hayan sido manipuladas desde el extranjero, con todo lo pueril que esto pueda ser, es afirmación grata a los servicios de inteligencia del imperialismo, porque le da pretexto para intervenir, presionar o desestabilizar. Lo puede argüir como precedente para sus miras de hoy o de mañana.

Este libro de carácter monográfico encaja dentro del género que hoy se llama microhistoria y requiere de una interpretación político-social objetiva, que permita observar las verdaderas fuerzas de lucha. Consecuentemente, no es aconsejable acoger rumores y convertirlos en afirmaciones propias del autor, porque eso equivale a renunciar al juicio ponderado y autónomo. Tal es el episodio de la muerte del gobernador electo de Veracruz, Manlio Fabio Altamirano, de cuyo homicidio sólo da meras versiones alguno de los autores que se citan: Justo Manzur Ocaña, en su biografía del general Cándido Aguilar; Alfonso Taracena en su libro *La Revolución desvirtuada*; Melgarejo Vivanco, *Breve historia de Veracruz*. Taracena es quien da las versiones que corrían entre las efemérides de aquel mes de julio de 1936.

No conviene tampoco repetir ese texto mal escrito de Melgarejo Vivanco en su libro mencionado: que el arado egipcio fue extendido a todo el estado de Veracruz por la Revolución. Existía allá desde el siglo XVI, cuando lo trajeron los españoles. Melgarejo quiso decir que lo introducido fue el arado de metal, según se colige de sus cuatrapeadas palabras.

Tanto la autora como su inspirador Fowler (hemos leído sus artículos en *Historia Mexicana*, tan buena revista) maldescriben el hábitat de los supuestos "guerrilleros". Un estudio geoeconómico del medio nos hubiera dado, junto con la investigación propiamente cultural, una explicación más clara de la génesis de estas luchas.

Podríamos señalar desmayos en el estilo o en el uso de algún término importante (p. 14: la palabra detentación); pero bastante ha hecho la investigadora incursionando por sendas difíciles, con la sobrecarga de alguna hipótesis disfuncional, como la de que don Porfirio era la clave del arco de la paz y de la armonía (se hacía llamar "el Héroe de la Paz", conste) y que, en cuanto falta, se desatan las contradicciones. En plena dictadura, pensamos, nunca se vio reñir al eterno gobernador de Tlaxcala, Próspero Cahuantzi, con su colega y vecino de Puebla, el generalón Mucio Martínez.

Por el mucho estudio que tiene este libro y por la mucha contradicción que provoca, puede quedar en la categoría de una buena tesis profesional, como debe ser la disertación doctoral de Fowler. *Luis Córdova*.

SOBRE LA HISTORIA DE LAS LUCHAS OBRERAS EN MEXICO

Varios autores, *Cuadernos Obreros*, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, México, 1976 y 1977.

El Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano inició en 1976 la encomiable tarea de publicar

documentos poco difundidos, olvidados y clásicos ya, representativos de las luchas obreras y de los orígenes del sindicalismo en México, aunque no se ha seguido ningún orden cronológico. Para este comentario hemos elegido aquellos números en los que es posible advertir, casi en línea recta, la historia del socialismo en el país, tan ligado al despertar de la clase obrera mexicana.

Partiremos del núm. 17, *La agonía del artesanado*, de Luis Chávez Orozco, pues la dispersión del artesano contribuyó a formar el proletariado. En 1821 la artesanía mexicana recibió un embate con el alud de mercancías provenientes de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, países que se hallaban bajo el auge de la Revolución industrial. El arancel provisional de 1821 abrió las puertas a las importaciones y únicamente benefició a los comerciantes venidos de España. En una época en que todo se expresaba en trovas y corridos, protestaban los artesanos: “¿Cree usted que está bien dictada / esa ley tan indiscreta / de que se admitan tejidos / como los de manta inglesa / cuando se podía tejer / muy superior en la tierra?”

La incipiente industrialización del país fue absorbiendo a los artesanos empobrecidos que deambulaban por los caminos y que, unidos a trabajadores independientes, tales como sastres, sombrereros o meseros, comenzaron a fundar mutualidades para ayudarse con fondos económicos comunes.

El cuaderno núm. 8 contiene textos de Plotino C. Rhodakanaty, un socialista utópico que, a pesar de su oscura procedencia, influyó en forma decisiva en los primeros gremios del trabajo.

Rhodakanaty introdujo en México las ideas de aquéllos designados por Engels como socialistas utópicos, para diferenciarlos de los socialistas científicos, dialécticos y materialistas. Sin embargo, en la doctrina de Marx y Engels se recogieron muchos conceptos manejados por Saint-Simon, Babeuf y Fourier.

Al igual que los agrupados en otros movimientos sociales (garantistas, societarios, cooperativistas, comunitarios y anárquicos), los socialistas utópicos se oponían al capitalismo, no por el progreso técnico, sino porque hacía surgir la miseria en las ciudades, originaba caos en la producción y desorden en el campo.

Los grandes anarquistas (Bakunin, Kropotkin y Proudhon) también influyeron en los movimientos reivindicativos de los artesanos; éstos, al mismo tiempo, escuchaban las arengas de los intelectuales fourieristas y saint-simonianos, en contra de los talleres-sepulcros y las fábricas-prisiones. Luisa Michel y Flora Tristán se consagraban en la lucha por el socialismo, mientras George Sand le dedicaba sus últimas novelas.

Rhodakanaty trajo a México toda esa ebullición. Por distinta ruta, algunos escritores románticos como Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y Miguel Lerdo de Tejada introdujeron el *Manifiesto comunista* en la prensa combativa de la época.

Después de fundar el periódico *El Socialista*, Rhodakanaty se dedicó a propagar las ideas de Carlos Fourier, contenidas en el *Catecismo elemental de la escuela socialista*. Al igual que Saint-Simon, Fourier era partidario del adelanto científico y no era indiferente en cuanto a la forma en que la industria podría ayudar a los trabajadores. Creía que al llegar la etapa “armonista” de la asociación desaparecería la necesidad de una autoridad central y todos colaborarían en comunas y falansterios. Marx y Engels apreciaban sus dotes de libelista y su percepción para descubrir los fraudes, que ya desde entonces acostumbraban los comerciantes.

Aunque Saint-Simon es anterior, Fourier fue el primero en situar la crítica de la sociedad burguesa en el contexto de una doctrina materialista de la naturaleza humana. Era cristiano y por eso Rhodakanaty se refería al socialismo como a la doctrina de Jesús, lo cual convenía a la secular religiosidad del mexicano.

Los discípulos más importantes de Rhodakanaty fueron Francisco Zalacosta, Hermenegildo Villavicencio y Santiago Villanueva. Fueron los primeros en intentar la organización de los obreros y crearon la Sociedad Mutualista del Ramo de Sombrerería y la Sociedad Mutua del Ramo de Sastrería, agrupaciones que iniciaron la integración del Gran Círculo de Obreros Libres de México. En sus ingenuas actitudes, estos socialistas mexicanos declaraban, como meta de su programa, reunir a todos los partidarios del socialismo que fueran perseverantes, con principios morales, que tuvieran fines altruistas y elevados, para que cuidaran del pobre y del oprimido como si fueran ellos mismos. Eran partidarios de la abolición de todo sistema de gobierno y de la libertad de los obreros manuales e intelectuales de todo el mundo. Al lado de esa organización anarcosindicalista surgieron una agrupación marxista, llamada La Social, y otra que apoyaba al régimen de Díaz, el Gran Círculo Reformista, que editaba *El hijo del trabajo*.

El Socialismo en México (cuaderno núm. 5) contiene textos que Rafael Pérez Taylor dirigió a los trabajadores. Pérez Taylor desplegó gran actividad entre los gremios, orientándolos en la organización sindical e impartiendo cursos sobre las ideas filosóficas más avanzadas de la época. Opinaba que en México debería implantarse “el socialismo más fácil: el cooperativismo”. Difundía las ideas del economista Charles Gide, el más importante propagandista del cooperativismo en Francia; las de Claudio Janet, opuesto a las tendencias socialistas de los que criticaban el *laissez faire* y las de Gustavo Le Bon, quien en aquel tiempo tuvo resonancia y hoy es casi desconocido.

Pérez Taylor fue uno de los más denodados colaboradores de la Casa del Obrero Mundial, fundada en 1912 por Francisco Moncaleano y Lázaro Gutiérrez de Lara, entre otros.

En su primera época ingresaron a la Casa periodistas que escribían en *Regeneración*, como Antonio Díaz Soto y Gama, Víctor y Serapio Rendón, Jesús Urueta y Pioquinto Roldán. También colaboraban Luis Méndez, Heriberto Jara, Isidro Fabela y el poeta José Santos Chocano. Se editaban *Luz* y *Emancipación Obrera*, periódicos que realizaron gran

actividad para celebrar *El primer primero de mayo* (cuaderno núm. 4).

Pérez Taylor destacaba, en sus escritos, la importancia de organizar sindicatos y federaciones independientes para integrar, posteriormente, la federación del trabajo.

En Yucatán, el Partido Socialista del Sureste, dirigido por Felipe Carrillo Puerto (cuadernos números 11 y 12), llevó a cabo una actividad semejante a la de la Casa. Que los socialistas escuchaban a *todos* los obreros y les hacían participar en las discusiones, lo demuestra la intervención del C. Juan Salazar, al finalizar la sesión que cierra el cuaderno núm. 11, en la que se vota porque Carrillo Puerto continúe en la dirección: "Estoy conforme con lo que dice el compañero, pero para reforzar su idea no necesito flores, pues no acostumbro echárselas a los hombres, y si son feos, ni qué decir. Yo sólo floreo a las mujeres, y eso cuando son bonitas; creo que el punto está suficientemente discutido y que se debe aprobar".

Carranza liquidó a la Casa del Obrero Mundial cuando creyó que podría perjudicar a su gobierno. Entonces surge la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), en 1918, en medio de una carencia total de organización y consistencia ideológica, dice José Mancisidor en *Síntesis histórica del movimiento social en México* (cuaderno núm. 10), en donde escribe sobre la trayectoria del movimiento obrero, desde la caída de Carranza hasta la presidencia de Cárdenas.

En 1920 aparece la Confederación General de Trabajadores (CGT), que tuvo un papel decisivo en el movimiento tranviario de 1923. Desde un principio se enfrentó en una lucha ideológica en contra de la CROM, cuyo papel fue siempre el de una central colaboracionista. Mientras en la CGT al principio predominaba el anarcosindicalismo, la CROM se fue convirtiendo en una organización gangsteril en contra de la primera. En 1925 inició una política de atracción hacia los industriales y el capital extranjeros, invitando a los obreros a que combatieran el comunismo.

Escribe Mancisidor que la camarilla política de Calles asolaba al país. Abelardo Rodríguez, en la presidencia, era el principal accionista en toda clase de empresas relacionadas con los grandes capitalistas yanquis. Sin embargo, Mancisidor no señala el viraje que, según otros estudiosos del sindicalismo, causó Lombardo Toledano en la lucha de los trabajadores.

En *La derrota de la clase obrera mexicana* (Rafael Elizondo y Juan Manuel López Malo), se señala que en 1937 Lombardo Toledano, con la ayuda de Earl Browder, adoptó el papel de maestro y amo absoluto del proletariado mexicano y puso al sindicalismo en manos del Gobierno.

El libro de Mancisidor concluye con la figura de Cárdenas quien, en su actitud antiimperialista, requería de una clase obrera combativa.

En nuestros días, la más importante de las centrales obreras es la Confederación de Trabajadores de México (CTM). Surgida en 1936, en un principio afirmó que su lucha era por una sociedad sin clases y hacía gala de una mezcla de ideas anarcosindicalistas, reformistas y nacionalis-

tas. En realidad, como afirman Leal y Woldenberg, "la lucha de clases, la democracia sindical y la independencia del movimiento obrero respecto al Estado son principios que la CTM abandona paulatina pero inexorablemente".¹ Con ello desaparece, en forma definitiva, todo vestigio de aquellos tiempos en que los trabajadores mexicanos intentaron seguir la ruta de aquellos cazadores de estrellas, los grandes socialistas utópicos. *Graciela Phillips*.

VIDA Y CONCIENCIA AL SERVICIO DEL PUEBLO CHILENO

Alejandro Witker, *El compañero Tohá. Esbozo biográfico. Testimonios. Documentos*, la Casa de Chile en México, México, 1977, 124 páginas.

El autor es un fecundo ensayista sobre temas sociales y políticos de América Latina. Su libro *Los trabajos y los días de Recabarren* obtuvo el premio de 1977 de la Casa de las Américas y poco antes nos había entregado su *Prisión en Chile*, editado por el Fondo de Cultura Económica. Hoy, con el libro que comentamos, continúa en la misma línea temática abordada como su principal preocupación intelectual: la realidad chilena inmersa interrelacionadamente en la región latinoamericana.

Desde la visión de la forma, las 124 páginas del libro están ordenadas alrededor de tres partes: la primera de ellas es propiamente el llamado "Esbozo biográfico", desarrollada por Alejandro Witker; como parte segunda están los "Testimonios", que dan cuenta de diversos aspectos de la personalidad de José Tohá a través de evocaciones personales realizadas por Clodomiro Almeyda, Víctor Barberis, Luis Enrique Délano, Roberto Díaz, Julio García, Galo Gómez, Javier López, Frida Modak, Osvaldo Puccio, Aniceto Rodríguez, Julio Silva Solar, Moy de Tohá, Javier Vargas y Hugo Vigorena. La última parte contiene los denominados "Documentos" y está constituida, especialmente, por cartas dirigidas a Moy de Tohá por diversas personalidades del espectro político chileno y por declaraciones oficiales de los partidos Socialista y Comunista de Chile y del Comité Mexicano de Solidaridad y Apoyo al Pueblo Chileno.

Como primera aproximación evaluativa de este libro, debemos decir que su lectura constituye, para un ciudadano de México o de cualquier otro país latinoamericano, una importante satisfacción de la necesidad de conocer la experiencia regional contemporánea que tiende afanosamente a precisar un camino que sea una salida de "la encrucijada de la humanidad".

El mérito fundamental del "Esbozo biográfico" radica en revelar, con mucho rigor metodológico, los aspectos (esenciales) del desenvolvimiento de la vida de José Tohá, al mismo tiempo que va exponiendo las actitudes morales y los enfoques políticos que orientaban su vida, mérito que cobra más importancia al pensar que la exposición la desarrolla

1. Juan Felipe Leal y José Woldenberg, "El sindicalismo mexicano, aspectos organizativos", en *Cuadernos Políticos*, núm. 7, Ediciones Era, México, enero-marzo de 1976, p. 40.

Witker en la precisión de cincuenta páginas. Llama la atención, asimismo (aparte de la exactitud de la fuente informativa), que el autor rescate todo un anecdotario que contribuye en mucho al mejor conocimiento de la personalidad real del ex-Vicepresidente de Chile y del marco histórico en que vivió. Simone de Beauvoir, inseparable pareja de Sartre, acostumbra develar en sus escritos la íntima naturaleza de lo social a través de exposiciones anecdóticas, y proclama expresamente la importancia de ellas para llegar a conocer un proceso social. Agrega que importan "tanto como su propia constitución". Witker parece seguir esta orientación en forma complementaria a su rigurosa metodología: "... Tampoco podrán olvidar [los generales] las imágenes que en la mañana del 29 de junio [de 1973] vio todo Chile por las pantallas de televisión: José Tohá, ministro de Defensa, de pie, junto al general Carlos Prats, cara a todos los peligros, avanzando en un convoy militar a enfrentarse a los sublevados del Regimiento de Blindados Núm. 2..." Y más adelante otro ejemplo: "... El 11 de septiembre José Tohá ya no era ministro, no ocupaba ningún cargo en el Gobierno ni en su Partido. Sin embargo, al producirse el alzamiento fascista, no vaciló en dirigirse hacia La Moneda, para asumir su deber revolucionario... Para José Tohá, el compromiso revolucionario no era un compromiso retórico."

La presentación de estos hechos, subrayados por el propio autor, merecen más de una reflexión: de la lectura formal del relato parece fluir una intención crítica en contra de aquéllos que no tuvieron la fuerza moral para enfrentarse a la adversidad y crecer ante ella y los peligros y eligieron el camino del asilo o de la entrega. Sin embargo, examinadas estas afirmaciones desde la visión de totalidad del libro, se establece que la intención principal de Witker es destacar aquellas virtudes y calidades de Tohá que apuntaban a legitimarlo moralmente ante su pueblo como un auténtico conductor y a hacerlo trasponer las puertas de la historia, exponiendo, claramente, una categoría gramsciana de análisis. En efecto, el "Esbozo biográfico" está estructurado en torno a la exaltación de una connotación dominante del biografiado: la consecuencia de su conducta con su conciencia; la armonía entre su vida real y sus representaciones morales y políticas, factor, si no suficiente, por lo menos necesario para configurar la condición de conductor y vanguardia.

Debemos convenir, eso sí, que en el conjunto de la obra está ausente la referencia a la formación intelectual de Tohá y no hay abundamiento acerca de sus modelos políticos, ausencia explicable por las circunstancias en que la obra fue emprendida, tan lejos de las fuentes bibliográficas. Empero, esta omisión, lejos de quitar mérito a la tarea, reafirma su importancia porque nos recuerda las dificultades de investigación a las que necesariamente se debió enfrentar el autor.

El "testimonio" de Clodomiro Almeyda tiene especial importancia en cuanto logra globalizar el universo político de José Tohá. En tal sentido, parte de la premisa de que la posibilidad de abrir un camino chileno al socialismo, a través del triunfo electoral de Salvador Allende, fue la consecuencia histórica del desarrollo unitario de las fuerzas políticas de inspiración socialista que se venía generando desde la década de los cincuenta, y desarrollando concreciones orgánicas

sucesivamente más amplias, proceso que culmina en la formación de la Unidad Popular y en el triunfo electoral de Allende en 1970. En este encuadre, Almeyda afirma: "A lo largo de todo este período de construcción y robustecimiento de la herramienta política del pueblo chileno, José Tohá fue uno de sus más decisivos, entusiastas y perseverantes impulsores. Esta resuelta postura unitaria de José Tohá obedecía a la convicción, básica en su pensamiento político, de que en el desenlace de las luchas sociales lo decisivo es la correlación de las fuerzas en pugna." Añade Almeyda que tal actitud y tal convicción de Tohá son reveladoras de una profunda madurez política que cuesta mucho adquirir por la interferencia del "... subjetivismo que lleva a interpretar los procesos políticos como si fueran esencialmente contraposiciones de ideas y tesis teóricas, y no enfrentamientos sociales de clase, en los que más importan, para definir sus resultados, la fuerza y dirección en que se mueven los actores frente a una coyuntura dada, que sus motivaciones subjetivas, sus racionalizaciones ideológicas..." Esta reflexión de Almeyda, avalada por la cronología de la vida de Tohá recompuesta por Witker, nos precisa la caracterización más importante de la personalidad política del ex-Ministro del Gobierno Popular: siempre mantuvo altas responsabilidades y tareas en el quehacer político del pueblo chileno en su lucha por la democracia y el socialismo. Esto es, siempre estuvo inserto en la realidad del conflicto social, y no como espectador ideologizante proponiendo el deber ser del conflicto. Caracterización, ésta, que ya está definida en su juventud, como presidente de federaciones estudiantiles regionales y nacionales; que más adelante se expresa como dirigente nacional del Partido Socialista, como Secretario General del Frente del Pueblo y luego del Frente de Acción Popular; como candidato a diputado y senador; como Ministro de Estado y Vicepresidente de la República, y siempre como constante asesor político y compañero de todas las jornadas del presidente Salvador Allende. Esta responsabilidad y consecuencia la mantiene, incluso, como prisionero en los campos de concentración.

Como conclusión, debemos decir que el libro cumple lúcidamente el objetivo señalado en su propio título: se trata de un acertado e inteligente esbozo biográfico de Tohá en el que Witker reafirma sus condiciones de serio investigador y ensayista. Por otro lado, los "Testimonios" son de tal elocuencia, que continuamente llegan a conmover y los "Documentos" fueron elegidos con mucho acierto. Debemos mirar este libro como un instrumento de trabajo intelectual incorporado al rescate histórico y a la reflexión sistemática generada en torno a la dramática experiencia chilena que proyecta lecciones para toda América Latina y que, desde este punto de vista, es una invitación a un alto debate autocrítico. Dicho debate sería consecuente con la vida y la muerte de José Tohá, quien, según la evocación de Almeyda, en la prisión de Isla Dawson le expresó: "... el 11 de septiembre marca una fecha destinada a renovar totalmente el movimiento popular chileno, sobre la base de la superación radical de nuestros errores y las deficiencias que lo hicieron posible..." He aquí el desafío formulado por Tohá: promover un alto debate con grandes reflexiones autocríticas destinadas al replanteamiento de una praxis que permita retomar el proceso histórico de Chile en su camino hacia la democracia y el socialismo. Así Tohá, como tantos otros, no habrá muerto en vano. *Jaime Eduardo Mendoza.*

 obras recibidas

Jan Bazant

Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875). Aspectos económicos y sociales de la Revolución liberal, El Colegio de México, México, 1977, XIV + 364 páginas.

José A. Benítez

Las Antillas: colonización, azúcar e imperialismo, Premio Casa de las Américas 1976, Ensayo, La Habana, 1977, 336 páginas.

Raúl Benítez Zenteno (coord.)

Clases sociales y crisis política en América Latina (Seminarario de Oaxaca), Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)-Siglo XXI Editores, México, 1977, 454 páginas.

José Bengoa

La hacienda latinoamericana, Centro de Investigaciones y Estudios Socio-Económicos, Quito, Ecuador, 1978, 149 páginas.

Ariel José Contreras

México 1940: industrialización y crisis política. Estado y sociedad civil en las elecciones presidenciales, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-Siglo XXI Editores, México, 1977, 219 páginas.

Arlene Eisen Bergman

Las mujeres de Vietnam, trad. del inglés: Beatriz Talamán-tez, Serie Popular, núm. 56, Ediciones Era, México, 1977, 334 páginas.

Pablo González Casanova (coord.)

América Latina: historia de medio siglo, vol. 1: *América del Sur*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-Siglo XXI Editores, México, 1977, VIII + 543 páginas.

Gordon K. Lewis

Puerto Rico: colonialismo y revolución, trad. del inglés: Samuel A. Ponte, Serie Popular, núm. 55, Ediciones Era, México, 1977, 290 páginas.

João Medina

Herculano e a Geração de 70, Edições Terra Livre, Lisboa, 1977, 199 páginas.

Juvenal Mejía Córdoba

Apuntes de sociología, Ediciones Universidades Simón Bolívar, Libre de Pereira y Medellín, Bogotá, 1977, 132 páginas.

Jean Meyer (en col. con Enrique Krauze y Cayetano Reyes)

Historia de la Revolución mexicana, vol. 11: *Período 1924-1928. Estado y sociedad con Calles*, El Colegio de México, México, XII + 371 páginas.

José Nájera González

Los indocumentados, Consulado de México, Austin, Texas, 1977, 55 páginas (mimeo.).

Luisa Paré

El proletariado agrícola en México. ¿Campesinos sin tierra o proletarios agrícolas?, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM-Siglo XXI Editores, México, 1977, 255 páginas.

Aníbal Quijada Cerda

Cerco de púas, Premio Casa de las Américas, Testimonio [tres meses en el campo de concentración de la isla Dawson], La Habana, 1977, 172 páginas.

José Relvas

Memórias Políticas, vol. 1, Edições Terra Livre, Lisboa, 1977, 337 páginas.

Gabriel Smirnow

La revolución desarmada (Chile 1970-1973), Serie Popular, núm. 48, Ediciones Era, México, 1977, 278 páginas.

Luis Unikel y Andrés Necochea (selec.)

Desarrollo urbano y regional en América Latina. Problemas y políticas, serie Lecturas, núm. 15, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, 732 páginas.

Varios autores

Continuidad y cambio en la política exterior de México: 1977, col. Centro de Estudios Internacionales, núm. XX, El Colegio de México, México, 1977, 237 páginas.

La planificación del desarrollo agropecuario. Un enfoque para América Latina, vol. II, Textos del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social-Siglo XXI Editores, México, 1977, 559 páginas.

Quinto Seminario Interno sobre Exploración Geológico-minera, Consejo de Recursos Minerales, México, 1975, 813 páginas.

James E. Wilkie (ed.)

Money and Politics in Latin America, serie Statistical Abstract of Latin America Supplement, núm. 7, University of California, Los Angeles, 1977, 92 páginas.

James E. Wilkie y Kenneth Ruddle (eds.)

Quantitative Latin American Studies. Methods and Findings, serie Statistical Abstract of Latin America Supplement, núm. 6, University of California, Los Angeles, 1977, 92 páginas.□